

Como la codicia rompe el saco, el saco que Luis XII quiso llenar demasiado con la Capitanata, la Basilicata y el Principado, comarcas que no parecían corresponderle del todo en el reparto granadino, se llenó de terribles agujeros —Seminara, Ceriñola, Garellano y Otranto—, por donde se le escapó a Francia cuanto había ganado en Nápoles. Por cada agujero se le iba una provincia y por cada provincia florecía una nueva rama verde en la fronda de laureles que ya se llamaba, entre el asombro del mundo, nada menos que «Infantería española». La segunda guerra dió Nápoles íntegro a Fernando V de Aragón. Isabel de Castilla pudo llamarse Reina de Nápoles muy escaso tiempo pues poco después de la derrota de Luis XII moría en Medina del Campo.

Como más tarde su gran biznieto Felipe II, la inquietud de la gran Reina en su lecho de muerte era la falta de un heredero para todos aquellos Estados inmensos que su intuición y su espíritu, el genio de Fernando y Colón y el Gran Capitán habían conquistado para gloria y riesgo de España.

Las coronas, ¿a quién? Don Juan el hijo y don Miguel el nieto, eran polvo y ceniza de que haría nostalgias infinitas la Patria en dolor años más tarde. Isabel, la primogénita, de tan clara inteligencia, había muerto. Las coronas, ¿a quién? A Juana. A Juana la infeliz, la enamorada, la celosa, la histérica, a quien su pueblo y la Historia habían de llamar —entre enterne-

cidos y despectivos— «la Loca». ¡Qué angustia de muerte en la muerte, sentir la incertidumbre de lo que ha de ser en manos ajenas la obra creada con tanto amor! ¿Cómo la cuidarán? ¿En qué la transformarán? ¿Qué harán de Castilla la pobre demente y su frívolo esposo? ¿Qué será de España cuando vaya a las manos de aquel pequeño Carlos —que Isabel no conoce— que ahora juega en la campiña verde con canales negros de Gante? ¡Si lo hubiera tenido con ella como tuvo a su soñado Juan III para educarle y hacerle sentir la grandeza caliente de la piel de toro! ¡Si le hubiera podido ella enseñar a persignarse y a cabalgar! ¡Si su corazón le hubiera podido transmitir el secreto de la misión española!... Pero tiene que morir sin hijos y sin nietos al lado. ¡Trágica muerte la de Soberano que no puede decir un último consejo a su heredero! Estaba en Medina del Campo, en el corazón de su Castilla. El aire era casi el mismo de Madrigal de las Altas Torres donde naciera, de Arévalo donde creciera, de Segovia donde luchara, de Valladolid donde casara. Castilla y España entera apretaban el corazón en los fuertes sillares tras de los que agonizaba su señora la Reina, madre que sólo sentía latir ese filial corazón de su pueblo. De su pueblo, que estaba ya también en Africa y en Italia y en las Indias. Pero ¡el heredero, el heredero!... ¿Dónde estaba?... El Archiduque Carlos aún no sabía —en su Flandes de bruma— decir en español la hermosa palabra «abuela».

